



## Salud Planetaria Infantil

## Saúde Infantil Planetaria

## Planetary Child Health

Fernando Díaz-Barriga

Universidad San Luis Potosí, México.



La niñez es vulnerable por estar en pleno desarrollo de órganos y sistemas, lo que implica, en comparación de la etapa adulta, un metabolismo diferente con relación a las sustancias químicas, una mayor capacidad de absorción, una menor excreción, una mayor inhalación relativa a su masa corporal y un potencial efecto en cascada cuando los xenobióticos impactan a las células no diferenciadas. Las infancias también presentan rutas de exposición propias, tales como la exposición intrauterina, la lactancia materna, el hábito mano-boca, y una mucho mayor ingesta de tierra. Además, debido a su etapa exploratoria, se pueden generar comportamientos de riesgo como la ingesta de productos químicos, lo cual visibiliza otro aspecto que afecta a las niñas y los niños: la necesidad de contar con un cuidador.

En un mundo lastimado por diferentes crisis planetarias, ser niña, niño o adolescente representa entonces un riesgo. De hecho, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) ha declarado que la generación actual es la primera que se desarrollará en un mundo más peligroso, como resultado del cambio climático y la degradación del ambiente. Las cifras que da UNICEF son alarmantes, al día ocurren mil muertes neonatales como consecuencia de la contaminación del aire en interiores y exteriores; 559 millones de infantes se exponen a golpes de calor; y uno de cada tres niños presentan niveles peligrosos de plomo sanguíneo.

Es cierto, el riesgo de mortalidad infantil antes de los cinco años de vida se ha reducido de manera importante, casi un 60 %, lo cual fundamentalmente se debe al control de las enfermedades transmisibles y a la vigilancia neonatal. Ahora, otra amenaza ha comenzado a impactar en niñas y niños: las enfermedades no transmisibles como asma, obesidad, cáncer, daño renal crónico y los trastornos en el neurodesarrollo asociados a la contaminación química. Estas epidemias ambientales se presentan en todas las naciones, pero el 92 % de las muertes infantiles relacionadas con la contaminación ocurre en países de bajo y mediano ingresos.

La información se acumula y las estadísticas crecen evidenciando que lo hecho hasta ahora no ha logrado

disminuir los riesgos. La salud ambiental infantil surgió como área de interés por eventos como la contaminación por mercurio en Minamata y en Irak, por los estragos de la contaminación por el plomo presente en las gasolinas, el daño por drogas como la talidomida o el dietilestilbestrol, o los múltiples padecimientos asociados a los numerosos plaguicidas. Sin embargo, transcurrido un cuarto del siglo XXI, pareciera que la niñez ha desaparecido como elemento de prioridad para el diseño de políticas públicas en materia de salud. Esto a pesar de que todavía tenemos escenarios globales de exposición a mercurio (minería artesanal de oro), de exposición a plomo (pinturas, barnices, basura electrónica), y de exposición a plaguicidas viejos y nuevos. Aunado a lo cual, ahora se suman, como ya lo anotamos, los riesgos a las nuevas amenazas globales como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la crisis hídrica, y la aparición de nuevos químicos como los plásticos (micropartículas, nanopartículas y más de 16 mil químicos aditivos). De los contaminantes orgánicos persistentes hemos pasado a los contaminantes eternos y ubicuos.

Las infancias sufren con el planeta, porque el crecimiento y desarrollo de las niñas y de los niños se deteriora a medida que las crisis planetarias se agravan. Así que esta evidencia de que la salud infantil depende de la salud del planeta debe reflejarse en un nuevo concepto, el de la **salud planetaria infantil**. Con este concepto no solamente estaríamos incluyendo todo lo relacionado con la salud ambiental, sino que, además, estaríamos evidenciando que en tanto el planeta enferme, las generaciones actuales y también las futuras, no podrán tener garantizado un desarrollo con salud.

Reconocemos que no basta con publicar artículos relacionados con este tema en la Revista de Salud Ambiental y que tampoco es suficiente que la Sociedad Iberoamericana de Salud Ambiental haya abierto sus canales de comunicación a la salud infantil. Ahora más que nunca, debemos redoblar los esfuerzos para que el civismo se cubra de ciencia y camine en la dirección correcta. El planeta enferma, la niñez también.